

que positivamente se me extienden hasta las plantas de los piés, es que se lleve á efecto todo lo más pronto posible. No quiero que sea una de las muchas cosas á las que nunca les veo el fin.

Cuando Mr. Gradgrind presentó á la señora Bounderby, Cecilia volvió rápidamente la cabeza, y miró á Luísa con aire á la vez de sorpresa, de compasión, de pena y de incertidumbre. Luísa lo adivinaba y lo veía, sin necesidad de mirar á la joven. Desde aquel momento se hizo impasible, fría y altiva; rara vez se acercaba á Ceci, y cambió para con ella completamente.

## CAPÍTULO XVI.

### Marido y mujer.

El primer disgusto de Mr. Bounderby al saber su felicidad, fué causado por la precisión en que se hallaba de comunicar aquella noticia á la señora Sparsit. No sabía por dónde empezar, ni podía formarse una idea de cuáles podrían ser las consecuencias de semejante paso. ¿Se marcharía con armas y bagajes al palacio de lady Seadgers, ó bien se negaría obstinadamente á ceder el puesto que ocupaba? ¿Lanzaría suspiros amargos, ó armaría alguna que fuese sonada? ¿Vertería todas las lágrimas de sus ojos, ó le sacaría á Bounderby los suyos? ¿Se dejaría romper el corazón, ó rompería los cristales? Esto era lo que Bounderby no podía prever de ninguna manera. Sin embargo, como el dar la noticia se hacía indispensable, se resolvió á darla, y después de haber empezado infinidad de cartas sin concluir ninguna, creyó lo más prudente dar la nueva de viva voz.

Al volver á su casa la noche que había fijado



para ejecutar este importante proyecto, tuvo la precaución de entrar en la de un boticario, y comprar un pomito de sal volátil, capaz de tumbar de espaldas al jayán más esforzado.

—¡Por San Jorge! (dijo Mr. Bounderby.) Si la señora Sparsit lo lleva á mal, siempre tendré la satisfacción de sacarle los colores á la cara.

Pero aunque se había hecho el valiente, al atravesar el umbral de su casa, ya no parecía ni con mucho un héroe: se presentó ante el objeto de sus preocupaciones más bien como un perro que no trae la conciencia muy tranquila después de haber salido de la despensa.

—Buenas noches, señor Bounderby.

—Buenas noches, señora; buenas noches.

Acercó su silla á la de la señora Sparsit; la señora retiró la suya, como para decir:

—Este rincón de la chimenea le pertenece á V., y tengo una satisfacción en reconocerlo. Á V. le corresponde ocuparlo todo entero, si lo tiene por conveniente.

—No vaya V. á retroceder hasta el polo Norte, señora,—dijo Bounderby.

—Gracias, señor,—dijo la señora Sparsit, que se acercó al fuego, si bien conservando su primitiva posición.

Mr. Bounderby permaneció un instante contemplándola, mientras que con las puntas de un par de tijeras la ilustre matrona hacía ojetes en

un pedazo bordado de batista, operación que, unida al entrecejo fruncido y á la nariz romana, sugerían la idea de un halcón persiguiendo á una paloma. La señora Sparsit se ocupaba tan asiduamente en su trabajo, que transcurrieron varios minutos antes de que separase los ojos de la labor; Mr. Bounderby reclamó entonces su atención con un movimiento de cabeza.

—Señora Sparsit (la dijo metiéndose las manos en los bolsillos y asegurándose de que el frasquito de sales estaba pronto á producir todo su efecto en el momento oportuno); no tengo necesidad de decir á V. que, no sólo es una señora bien nacida y bien educada, sino también una mujer de muchísimo talento.

—En efecto, caballero (replicó la señora Sparsit); no es esta la primera vez que V. me honra con tales expresiones.

—Señora Sparsit (dijo Mr. Bounderby); voy á dar á V. una sorpresa.

—¿De veras, señor?—replicó la señora Sparsit interrogativamente y con la calma mayor del mundo.

—Voy, señora (balbuceó Bounderby); voy á casarme con la hija de Mr. Gradgrind.

—¿De veras, señor? (contestó la señora Sparsit en tono suave.) Deseo que sea V. muy feliz, señor Bounderby. ¡Oh! Sí tal; deseo que sea V. muy feliz.



Y pronunció estas últimas palabras con cierta entonación, que anunciaban á la vez tanta condescendencia y tanta compasión hacia su amo, que Bounderby, mucho más desconcertado que si le hubiera tirado á la cabeza el canastillo de la costura ó si hubiera caído con un síncope en la alfombra, cerró herméticamente el pomito de esencias que llevaba en el bolsillo, y se dijo:

—¡Diantre de mujer! ¿Quién hubiera pensado que iba á tomar el asunto con tanta calma?

—Deseo con todo mi corazón (dijo la señora Sparsit con aire distinguido, pues en un momento se había dado la importancia de una mujer que se creía con derecho para compadecer siempre la suerte de Bounderby), deseo que pueda V. ser feliz bajo todos conceptos.

—Gracias, señora (replicó Bounderby con mal disimulado disgusto, y bajando el tono á su pesar); agradezco mucho ese deseo, y espero que seré feliz.

—¿De veras, señor? (dijo la señora Sparsit con gran afabilidad.) Después de todo, eso es muy sencillo, muy natural.

Aquí Mr. Bounderby hizo una pausa muy inconveniente; la señora Sparsit continuó su labor, y tosió repetidamente con esa clase de tos propia de la mujer que tiene la conciencia de su fuerza y su superioridad.

—Creo que sucediendo lo que sucede (conti-

nuó Bounderby), no estaría bien en una señora de tan alta clase permanecer más tiempo en esta casa, á pesar del mucho gusto que todos tendríamos en ello.

—No, señor; ni siquiera hay que pensar en eso, no, por Dios.

La señora Sparsit movió la cabeza, sin dejar su aire de distinción, si bien variando un poco la inflexión de su tosecita; ya era aquella la tos de una mujer que siente eu sí el don de la profecía, y que resiste como la pitonisa al soplo del espíritu, persuadida de que vale más sofocarle tosiendo.

—Sin embargo, señora (dijo Bounderby); tales pueden ser las circunstancias, que la reputación de una señora bien nacida y bien educada, llegase á padecer. Porque si bien el salario....

—Dispense V., caballero; V. ha tenido la bondad de prometerme que emplearía siempre la frase *gratificación anual*.

—Vaya por gratificación anual. Si esa misma gratificación le parece á V. aceptable en otra parte; por ejemplo, en la planta baja de la casa donde está mi escritorio y adonde nunca bajará mi mujer, no veo ningún motivo para separarnos.

—Caballero (respondió la señora Sparsit); ese ofrecimiento es digno de V., y la posición que debo ocupar en la planta baja es tal, que puedo



aceptarla sin descender más en la escala social....

—¡Ya lo creo! ¿Puede V. pensar que de otro modo lo hubiera yo propuesto á una señora que ha frecuentado la alta sociedad? Y no porque yo me cuide del gran mundo, bien lo sabe V. Pero V. es muy diferente.

—Es V. lo más atento, lo más considerado....

—Tendrá V. una habitación particular, fuego, luz y una criada para que la sirva; en fin, estará V. completamente á sus anchas.

—Caballero (respondió la señora Sparsit), ni una palabra más. Al dimitir las honrosas funciones que aquí ejerzo, no eludiré la triste necesidad de comer el pan de la dependencia, y prefiero recibirlo de V. que de cualquier otro. Caballero, acepto con gratitud ese ofrecimiento, y le doy las más expresivas gracias por tantas bondades. Deseo, caballero (continuó la señora Sparsit, terminando con un acento muy marcado de compasión), deseo ardientemente que encuentre V. en la señorita Gradgrind la mujer á que aspira, y que tanto se merece.

Nada pudo decidir en adelante á la señora Sparsit á abandonar el aire de benevolencia y de compasión que había tomado. En vano Mr. Bounderby quiso reivindicar sus derechos de hombre feliz, con explosiones de felicidad conyugal; la señora Sparsit estaba muy decidida á compadecerle y mirarle como una víctima. Estuvo muy

atenta, muy obsequiosa, alegre y risueña; pero cuanto más atenta, más obsequiosa, más alegre y más risueña se mostraba, más se complacía en hacer aparecer á Bounderby como un ser sacrificado. De tal manera parecía apiadarse de la desgraciada suerte de su amigo, que el moftu-do rostro del fabricante se cubría de un sudor frío siempre que le miraba.

Se convino en que el matrimonio se celebraría en el término de dos meses, y Mr. Bounderby iba todas las noches á Pierre-Loge en calidad de amante, y siempre su amor tomaba formas de brazaletes ó alhajas.

Desde que se firmaron los esponsales, el amor tomaba en cada visita un aspecto cada vez más manufacturero.

Se fabricaron ropas, se fabricaron alhajas, se fabricaron guantes, se fabricó un contrato de casamiento, con numeroso acompañamiento de hechos acomodados á las circunstancias. Todo el asunto no fué más que un hecho desde el principio hasta el fin.

Las horas se guardaron muy bien de cumplir ninguna de esas gradaciones de color de rosa, que la necedad de los poetas les hace ejecutar en semejantes casos: los relojes no anduvieron ni más de prisa ni más despacio que de costumbre.

El reloj lúgubrementé estadístico del observatorio Gradgrind continuó inmolando cada se-



gundo, á medida que nacía, y enterrándolo con su exactitud habitual.

Llegó, pues, el día, como llegan todos los demás para quienes saben oír solamente la voz de la razón, y quedaron unidos en la iglesia Josué Bounderby, de Cokeville, y Luísa, hija mayor de Tomás Gradgrind, de Pierre-Loge, individuo del Parlamento por la dicha ciudad.

Y cuando salieron unidos por los lazos sagrados del himeneo, se volvieron á almorzar á la susodicha casa de Pierre-Loge.

El feliz acontecimiento había reunido una sociedad escogida, de la que cada miembro sabía de dónde procedían los productos con que llenaba la copa ó el plato, y cómo se importaban ó se exportaban, y en qué cantidades.

Las señoritas convidadas, inclusa la niña Gradgrind, eran, bajo el punto de vista intelectual, dignas de llegar á ser compañeras del célebre niño calculador; no había un sólo convidado sospechoso de pensar en esa majadería que se llama sentimentalismo.

Después del desayuno, el novio dirigió la palabra á la asamblea, en estos términos:

—Señores y señoras: yo soy Josué Bounderby, de Cokeville. Puesto que nos habéis hecho á mí y á mi mujer el insigne honor de beber á nuestra salud, y de expresarnos vuestro deseo de que seamos felices, supongo que estoy en el deber de

daros las gracias; y, sin embargo, como me conocéis todos y sabéis lo que soy, estaréis muy lejos de esperar un discurso de boca de un hombre que llama al pan pan, y al vino vino, y á quien nunca se le obligará á decir que el pan es vino, y el vino es pan. Si esperabais oír un discurso esta mañana, mi amigo y suegro Tomás Gradgrind es individuo de Parlamento: dirigíos á él; yo no soy el hombre que os hace falta. No obstante, me atrevo á esperar que me dispensaréis si me manifiesto un tanto orgulloso de mi independencia al pasear una mirada alrededor de esta mesa, y recordar cuán poco esperaba casarme con la hija de Tomás Gradgrind cuando era yo un vagabundo desharrapado, que nunca me lavaba la cara, como no fuese en una fuente pública, y todo lo más cada quince días. Me complazco en creer que os agrada este sentimiento de mi independencia; y si no os agrada, ¿qué le hemos de hacer? Me siento independiente. Ahora mismo me decía yo, como vosotros lo decíais hace un instante al dirigirme un brindis, que desde esta mañana soy esposo de la hija de Tomás Gradgrind. Estoy muy contento con serlo. Mucho tiempo he deseado serlo. He visto el modo con que ha sido educada, y creo que es digna de mí. Por otra parte, si he de deciros la verdad, creo que también soy digno de ella. Os doy las gracias, pues, en su nombre y en el mío,



por los deseos que acabáis de expresar; y el voto más digno que puedo hacer por la parte no casada de esta compañía, es el siguiente: ¡Ojalá consigan todos los célibes hallar una mujer como la que yo he hallado, y ojalá todas las jóvenes encuentren un marido que se me parezca!

Poco tiempo después de este discurso, como los nuevos esposos partían para dar una vuelta nupcial por Lyon (Mr. Bounderby quería aprovechar la oportunidad para ver cómo los braceros se conducían por allí, y si los obreros lioneses aspiraban también á comer con cubierto de oro), la dichosa pareja se dispuso á tomar el ferrocarril.

La recién casada, al bajar la escalera vestida de viaje, se encontró á Tomás, que la esperaba muy conmovido, acaso por los sentimientos fraternales, y acaso también por el mucho vino que había bebido en el almuerzo.

—¡Qué guapa vas! Eres una hermana como no hay otra, Luisa,—le dijo Tomás al oído.

Luisa se le acercó, como si hubiera necesitado aquel día un arranque de sentimiento, y por primera vez en su vida desapareció su aire frío y reservado.

—El viejo Bounderby te está esperando (dijo Tomás). No tienes tiempo que perder. Iré á esperarte á la estación cuando vuelvas. Hoy es un gran día, Luisa, ¿no es verdad?

## CAPÍTULO XVII.

### Efectos en el Banco.

Era un hermoso día de San Juan; el sol brillaba con toda su esplendidez. Esto se veía algunas veces hasta en Cokeville. Contemplada á cierta distancia y en semejante tiempo, Cokeville se hallaba envuelta en un denso velo de niebla, producida por el humo, velo que parecía impenetrable á los rayos del sol. Solamente se adivinaba que había allí una ciudad, porque se comprendía que una ciudad era lo único que podía originar una mancha en aquel hermoso paisaje. Un vapor de hollín y humo que se dirigía confusamente tan pronto á un lado como á otro; que ya parecía querer elevarse hasta la bóveda del cielo y ya se arrastraba tenebroso á flor de tierra, según que el viento caía ó se levantaba, ó cambiaba de dirección; una mezcla confusa, espesa é informe, atravesada por algunas ráfagas luminosas que no alumbraban sino masas de oscuridad; Cokeville á alguna distancia se anunciaba ya con lo que contenía, antes de que se hubiera podido ver un sólo ladrillo.